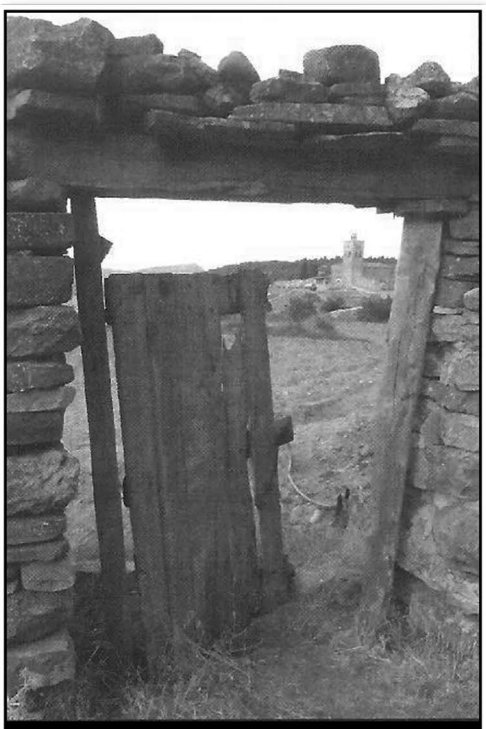
EL ESCARAMUJO

Revista Cultural de Jabaloyas - Nº 6 - Año 2016

ASOCIACIÓN CULTURAL SAN CRISTÓBAL



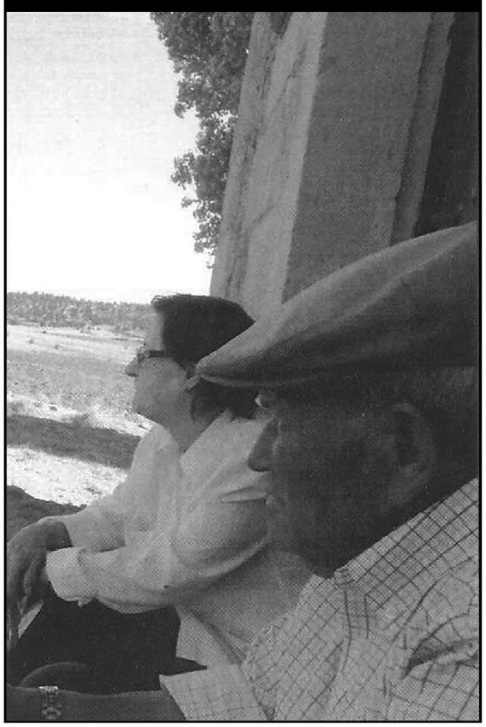
El Escaramujo.
Revista Cultural de Jabaloyas.

Nº 6- Agosto 2016

Edita:
Asociación Cultural San Cristóbal
JABALOYAS (Teruel)

Redacción:
Raquel Cadierno Domingo

Depósito Legal:
TE- 138/2011



Querido lector: Este es el sexto número de El Escaramujo, la revista de Jabaloyas de la Asociación Cultural San Cristóbal. Es una revista sencilla, pero llena de ilusión y amor a nuestro pequeño pueblo de la Sierra de Albarracín. Esperamos que te entretenga, te guste y disfrutes con ella. Puede que no estemos de acuerdo en todo; puede que pensemos diferente. Pero cada relato, cada historia contada en El Escaramujo, viene de boca de una persona que nos ha hecho el regalo de querer compartir sus recuerdos con nosotros. Te animo a que te pierdas entre sus líneas, a que seas generoso y comprensivo con nuestras palabras y a que, si te animas, le eches un poco de valor y compartas con nosotros tu historia en El Escaramujo. Tus fotos, tus opiniones, tus recuerdos… tu vida, que seguro que se entrelaza con la nuestra y la de nuestros lectores en algún momento de su recorrido. Esperamos que te guste, querido amigo

Un saludo,

La Junta.

ÍNDICE

Haciendo carbón **03**
Entrevista a Florentino Murciano Pradas .

Las Dehesas **06**
por Teresa Jarque Giménez, Antonio Sánchez Domingo, Francisco Hernández Navarro, Eloína Jarque Lázaro y Consuelo Hernández Navarro

Un tiempo sin luz **08**
por Concepción Domingo Murciano.

Apellidos Judeoconversos en Jabaloyas **09**
por Eloy Domingo Valero y Eloy Domingo Plà.

Raquel, la de Madrid **13**
por Raquel Cadierno Domingo

Las tres vidas de Aureliano **16**
por Raquel Cadierno Domingo

¡Ay, maño! **19**
Viñeta y agradecimientos.

Haciendo carbón

Florentino Murciano Pradas

La familia de Los Castos. El tío Casto el abuelo José y el tío Tanasio, que luego han quedado las familias. La familia de Los Zurdos; el tío Simón, Demetrio, Pepe, Francho y la hermana; tenía al hijo, Domingo. Los Marruquiños también: Inocencio, Emiliano, Eloy, Leonardo y Jesús. Cinco hermanos y la hermana, Primitiva, que luego se casó con un hombre de Cella. Y luego familias de dos y tres, yo creo que nos íbamos de aquí lo menos sesenta familias al invierno, ¿eh? Se quedaba esto vacío. Aquí quedaba el tío Laureano, porque tenía la carpintería. El tío Pedro se iba también. El padre y el abuelo del alcalde se iban al invierno a hacer carbón, los dos. El padre y el hijo se iban allá a la central de Telefónica. Allí estaba Jesús. La madre de Jesús era hermana del tío Pedro, del abuelo. También se iban a hacer los seis meses de invierno, y veníamos a primeros de mayo. Y ya volvíamos, y si se había dejado algo de trigo sembrado, los tardíos, y se volvía a reanimar el pueblo. Pero luego los padres de Eleusío también se iban, y el tío Manuel Rallao, que le decían, el padre de Ruperto, también; Tana, el tío Vitoriano y el hijo Casiano. El tío Vitoriano era el que hizo la obra aquella, el Colmenar. Era un hombre con una capacidad…. Se lió un invierno que se quedó, hizo la pared aquella. Que él quería obras pero bien hechas; hizo el colmenar aquel famoso que está allá perdido en la jungla, el Colmenar de Tana, es digno de ver. Telesforo también se iba; Anastasio, Miguel el Romo…

Todo el mundo se iba, y luego volvía, con más o menos suerte. Mi abuelo se fue treinta y tres años seguidos a Extremadura, a la misma zona. Se iban y los contratistas ya los estaban esperando. Es cosa curiosa que los de allí no aprendían a hacer carbón. Peones que tenían… pues el último año que estuvimos allí, en la oficina de Alcorisa, , mi hermano y yo íbamos con mi padre cuando liquidaban, a ver lo que había quedado, y vino uno allí hablando de que tenía que hacer el transporte con un carro que tenía para eso. Dice "yo soy de Velada". Velada es un pueblo un poquito especial. Y mi padre dice "de Velada estuvo trabajando uno con nosotros; se llamaba Caro". "¡Era mi padre!", dijo, y al día siguiente nos llevó de allí a Navalmoral. Dice "tenéis que hacer el transporte. Si lo paga Alcorisa, sesenta pesetas. Si no lo paga, cincuenta, ir y volver". Y mi abuelo en los años aquellos tenía dos burras y llevaba dos chiquillos. La tía Blasa, que era la abuela de Gabriela y mi tío Jorge, que se fue a América y volvió. El tío Jorge era de aquí, con mi madre, la tía Rufina, y una que se murió, la Daniela. Cada invierno iban treinta y tres años seguidos haciendo carbón en Extremadura. Eran conocidos. Y él había nacido con sus padres haciendo carbón.

¿Cuándo empezaron más o menos a hacer carbón en Extremadura?

Alrededor de 1890, porque mi madre nació en el ochenta y ocho, y nació haciendo carbón. Entonces no había petróleo ni había nada. Se guisaba con carbón. Y cada año se cortaban, rameaban encinas. Si tenían seis ramas, se le quitaban tres, y se hacía carbón. Entonces se iban los tres hermanos: el tío Casto, el tío Eutanasio –era el

abuelo de Silvina-. El tío Casto se había casado con una que no se si era de Arroyofrío. Mi abuela y la del tío Casto eran hermanas, y ellos también eran hermanos. Y treinta y tres años seguidos yendo a hacer carbón. El ochenta por ciento del pueblo se iba a hacer carbón, y se llevaba a la familia. Mi abuelo se llevaba la Daniela y el Jorge; el tío Casto tenía el Ceferino y otro también. Se iban todos juntos, y dormían en el campo, donde llegaban, pues aquí. Eso puedo decirlo porque yo hice una vez ese viaje. De Navalmoral de la Mata a aquí, el año 41 volvimos andando.

¿Cómo cuántos kilómetros puede haber?

Quinientos y pico.

¿Y cuánto tiempo os llevaba la travesía?

Once días.

¿Y dónde dormíais, qué llevabais?

Donde se hacía de noche, buscábamos un rincón en el monte, y luego, de los once días, puede que en Chinchón, en Maqueda, y en otro sitio dormimos bajo techo. Los demás, dormíamos completamente al raso. Hacíamos una lumbre. Es que no había panes; fue el año que no había pan.

¿Fuiste a hacer carbón entonces?

Sí, fuimos seis años a hacer carbón por ahí.

Y cuando estabais allí, en Extremadura, ¿os daban alojamiento?

No, no. Tú llegabas, y te decían "este es el monte; venga, corta ramas, corta de esto, haz una choza y mete a la familia. Y oye, se hacía una choza y era muy confortable. Y se estaba bien.

-Y mientras hacíais la choza, ¿dónde estabais?

En algún rincón por allí. En una cuadra o arriba, en un casetón que había. Cuando fuimos allí estuvimos en un casetón que habían estado cortando robles para hacer traviesas, y habían dejado una casa hecha. Después, abajo, en Navalmoral, en un secadero de pimientos, o en casa de un pastor... Siempre había un rincón u otro, que eran tres días lo que tardabas en hacerte una casa. Y ya aquello se ponía en marcha. Un año había nacido mi tío Jorge y la Daniela. A la hora de venirse, unos días antes, nació mi madre y la gemela, la Rufina. El abuelo, que era muy apañao y le daba a la cabeza, cortó unas maderas, hizo unas cajicas para enterrarlas en el camino. "Pues nada, se morirán por el camino, pues las enterraremos. No vamos a ir a enterrarlas en un pueblo", -porque posiblemente estaban sin bautizar, ¿sabes? Y eso se miraba mucho-. Pero total que las echaron y llegaron aquí. Mi madre murió con setenta y siete años y la abuela Rufina con setenta o así. O sea que vivieron las dos y salieron adelante. Y el abuelo cada año iba para allí. Y el abuelo, subiendo la escalera esta que tenía, pues sintió un crujido de los riñones y cayó, con una talega de trigo, que pesaba más que él (él tendría mi estatura más o menos y la talega era más grande). Le bajaron a Teruel y el médico le dijo que no tenía solución, que se le había paralizado la pierna, y había que cortarla. Él dijo "no, no, cortarme la pierna, no" y el médico "pues te morirás" y él "pues me moriré, pero dejar un inválido a una mujer con dos niños, pues no". Al invierno había que ir a hacer carbón, y allí fue el abuelo montado en la burra. Y al llegar allí, a Almendralejo (esto está entre Cáceres y Toledo, orilla de Navalmoral de la Mata y un pueblecito que se llama Millanes, donde nació mi madre), uno de los peones, que le veía siempre sentado, con la pierna tiesa, le dijo "tío José, ¿por qué no viene ahí a Almendralejo, que hay una curandera que es muy entendida? La gente habla muy bien de ella", y dice "pues nada pierdo". Y fue, lo montaron en la burra y fueron para allí. La mujer aquella lo miró, dio en el suelo, dice "¿qué te han dicho los médicos? ¿Qué saben ellos lo que tienes? Yo te voy a curar" Y acto seguido llamó al herrero y a un carpintero que había por allí. Lo tumbaron boca abajo, sacó un instrumental que tenía ella rudo, le tiró un viaje aquí, le sacó una bolsa de pus enorme. Le hizo un vaciado… luego le pasaba unos ungüentos de miel con vinagre que ella tenía, y a los quince días, el abuelo montado en la burra vino aquí, y al final de la temporada estaba trabajando. Y murió de ochenta años. Luego cada año iba a ver a aquella mujer.

¿Era curandera?

Sí, curandera. Pero sabía algo más, aquella mujer, porque dice que la habían denunciado los médicos de aquella zona porque ejercía la medicina. Y entonces había ido a Toledo, al Tribunal Médico, y dijo que le diesen dos o tres enfermos difíciles, a ver si los curaba. Y creo que salió adelante, y le dejaron entonces una paga doble del estado de diez reales mientras viviera. Por esto el abuelo a los curanderos los tenía en un altar. El curandero aquí vivía en esa casa… Él tenía sus ideas. Con la Iglesia no se llevaba bien. Hasta creo que él hacía algo de espiritismo. Había un pobre que hacía las rutas estas. Uno no me acuerdo cómo se llamaba, pero el otro era Julián Sigüenza; aún lo vi a los pocos días de empezar la guerra, fuimos al Toril y estaba allí, el Julián. Entonces el abuelo tenía una habitación ahí, con una cama, para el pobre que venía, y un perol de sopa con una tajadita. Venía Julián, estaba en casa del abuelo José, luego se iba y hasta el mes que viene. Eso lo tenía estipulado así.

Un año fueron a Argelia a hacer carbón. Entonces mis padres ya se habían casado, y la hermana gemela, que era luego la madre de Gabriel, la llevaron con ellos para que les hiciera la comida, y un moro se les quería comprar. Tenía seis mujeres, pero quería una española, a ver cómo pintaba. El abuelo tuvo que intervenir. Sus mujeres iban cargando leña, y él montado en el burro. Él había nacido en Tomelloso, en Ciudad Real, haciendo carbón sus padres. Aquí había tanta gente nacida por ahí, que creo que habría más gente nacida de fuera que de aquí. También hubo una familia de los Zurdos que, a la hora de salir, la mujer estaba esperando un hijo, y dijeron "pues nos vamos todos, y quédate este invierno aquí". No estaría la cosa muy allá, cuando la mujer tuvo el niño, se echó la saya al hombro, con el niño detrás, y estuvo un mes de aquí a Extremadura por los pueblos, ella sola. ¿Qué le quedaría aquí a la mujer…? No le quedaría nada. Y que tenían coraje. Otra hermana de mi abuela, la tía Manuela, cuando en la guerra nos echaron de aquí, y nos fuimos a Alobras, que la guerra se puso ahí en Muela Mediana y en el Navazo (ahí están las trincheras), tuvo noticias que uno de los hijos estaba en un hospital cerca de Valencia, en un pueblo. Pues cogió un pan a la espalda, caminando y llegó. Y dice "aún lo vi yo vivo". Pero fue a verlo, a ver morir a su hijo. Tenía una madera la mujer… ¿De dónde sacarían tanto coraje? La necesidad.

¿Cómo se hacía el carbón?

Yo tengo una carbonera desde hace unos años en el trozo ese de Bienvenido, y otra abajo, en donde los Catarros, y este año quieren hacer otra en Barcelona. Tienes que llegar primero a cortar la madera. La mejor es la carrasca. La has de trocear en trozos de ochenta o noventa centímetros más o menos, y luego reunirla toda en un llano. Después has de ponerla derecha; empiezas por el centro, pones una cruz en el centro y vas poniendo en varios turnos hasta cubrir todo lo que hay. Has de cortar la leña antes de marzo; a mitad de febrero ya no te dejan cortar, porque la encina la cortas por aquí, y al año siguiente, brota. Ya a la vuelta de veinte años, vuelve a haber monte. Pero la has de cortar antes de febrero. Y la has de cortar con hacha, no con sierra, porque la sierra daña mucho el corte, pero el hacha lo hace limpio. Cortas la leña, la has de recoger, y luego en zonas haces una carbonera, o dos, o tres, o cuatro; la primera ya, la más grande, porque así ya la pones en marcha, porque está una carbonera quince días para hacer carbón. Con leña verde y un poquito grande, necesita quince días para cocerse –no es quemarse, es cocerse-, porque luego, cuando se va cociendo, va bajando el fuego de arriba para abajo, le vas abriendo, le pones ramas que se preparan chafadas, y después tierra, hay que ponerle

un tajo de tierra, y en el centro le has dejado un hueco hasta el fondo. Por allí le vas a encender. Y cuando empieza la carbonera, va bajando el fuego de arriba para abajo, le abres siempre respiración por abajo, para que el fuego lo vaya cociendo hasta el último día. La dejas enfriar y cada día abres un trozo, quitas un poco de carbón, y se va enfriando, y en tres días lo sacas todo.

Pues es muy elaborado.

Eso era un trabajo muy duro. Si llovía mucho, hacía inflamaciones, y hacía como explosiones de gas. Tuvimos problemas con eso. Después de pasar muchas fatigas, porque no había ni comida, toda la familia allí, te quedaban veinticinco o treinta duros.

¿Pero compensaría?

No, no, es que no había otra cosa.

¿Cuándo íbais al carbón?

De noviembre a primeros de mayo, seis meses. Dos meses para cortar la leña o tres, y luego el resto para recogerla y hacer el carbón y ponerlo en marcha.

¿Todo el proceso se hacía allí en Extremadura? ¿De Jabaloyas no os llevabais nada?

-De aquí de Jabaloyas nos llevábamos las herramientas: una barrena, las hachas, un pico, una pala, una azada y una sartén con patas para hacer la comida. Sobraba todo lo demás. A la mañana, unas sopas, unos gazpachos de aquellos de fuerza, y a la noche todos durmiendo en un localito.

¿Cómo fue que en Jabaloyas se enteraran que en Extremadura necesitaban gente para trabajar en el carbón?

Esto venía de muy antiguo. Ten en cuenta que mi abuelo había nacido haciendo carbón en Tomelloso. Sabían los contratistas, decían "en Jabaloyas hay buenos carboneros"; los Zurdos eran unos carboneros muy buenos y se dedicaban a eso, y cuidado, donde iban los Zurdos, iban los cuatro hermanos, lo mismo que los Castos, que eran los de mi familia, y los Marruquiños, y los Sidros, que también era una cuadrilla muy apañada. Fueron a Soria, Argelia… pero a Extremadura lo que más, treinta y tres años, que me contaba mi abuelo.

Un año nos fuimos en verano, porque aunque no se podía cortar, nevaba mucho y nos dieron permiso. Hicimos una destroza… gente del pueblo, que les pagaban un jornal de siete pesetas (y un litro te valía once), fíjate; había muy poco pan. Tuvimos que pagar las rentas de las tierras que había, y no se había sembrado nada. Y bueno, llegamos allí: un monte muy bueno. Y allí la gente extremeña es muy abierta, muy buena gente, y montamos un poblado, que ríete tú de los poblados indios que hay. Aún recuerdo los nombres de todos lo que vivíamos allí. Vino una familia, les llamaban los Tadeo, y dormían en el mismo chozo que nosotros. Uno se trajo la hija; era grande, tenía once años, como yo; otra había quedado en el pueblo, que era inválida, y su mujer la cuidaba. Otra, la Antonia, que tenía ocho, y el Juan, que tenía nueve. La chica mayor, la Cándida, tenía un aparato en la pierna, que había tenido la polio, y con la polio así, cuidaba de sus dos hermanos y le hacía la comida a su padre: un pucherico con dos patatas y poco más. Se hicieron su cabaña, y aún quedaba la noche para que el Juan y la Antonia bailaran una jota extremeña; con una caña tocaban. Eso pasó en el

cuarenta. Perdimos contacto. Venía por allí un cabrero y empezó a hablar con mi hermana; a los cuatro meses se casaron. Ella con el tiempo cogió el paludismo, y como no podían estar allí, se vinieron para acá Luego él enfermó, y ya no tuvo solución. El Ángel nació el 14 de junio, y su padre murió el día 19. La madre, mi hermana Petra, la trajeron aquí y Encarna la cuidó… no como una hija, más. Y bueno, ahí han vivido. Hace seis años yo hablaba de aquella familia, la familia Tadeo, y un día me dice mi hijo "pasado mañana nos vamos a Navalvillar a verlos". Fuimos al pueblo aquel, que había familia del padre de Ángel, pero no estaban allí; se habían ido a Castellón. Le pregunté al del bar "¿la familia Tadeo?" y me dijo "sí, hombre; la Cándida está cuidando a su hermanita, la inválida, en la placita que hay ahí arriba". Le dije "ya se dónde es, ya". Yo había estado en el cuarenta, y ahora volvíamos en 2006. Hacía casi setenta años de eso, pero vi la casa y me acordaba que era la casa de la tía Valentina, la abuela de todos aquellos. Nos acercamos y vimos a Cándida con su hermana. La vi moverse, y todavía llevaba el aparato de la pierna de la polio. Pero con ochenta años y cuidando a su hermana. Yo pensé "pero esta mujer está para que la cuidaran"; pues no señor, allí estaba.

¿Os reconocísteis?

Ella, cuando le empecé a preguntar, dijo que cómo nos habíamos acordado de ellos. Y yo le dije "es que no sois unas amistades que nos hayamos visto, no, no; es que nos conocimos en unos tiempos tan duros, tan duros… Ella tiene ahora ochenta y cinco años, y todavía con el aparato en la pierna, y se mueve… más dura que ella…

¿Ella se llegó a casar?

No se llegó a casar porque se dedicó a cuidar de su hermana, que no se ha movido del sillón. Dijo que iba a llamar a su hermana Antonia, que se le había muerto el marido y un hijo. A partir de eso, le escribo cada Navidad; le mando una lotería, unos calendarios, y de tanto en tanto, la llamo. Un día le mandé la foto de María dándole de comer a la zorra, y le hizo gracia. Venía a vernos y le dábamos de comer. Nunca conseguimos tocarla.

Resulta que uno de los que iban a hacer carbón allí, padre de Emeterio, fue allí y se quedó dos o tres años, y luego Alfonso, el hermano, ha vuelto y se ha casado con una del pueblo allí.

Así que estáis hermanados con aquel pueblo.

RCD

Las Dehesas

por Teresa Jarque Giménez, Antonio Sánchez Domingo, Francisco Hernández Navarro, Eloína Jarque Lázaro y Consuelo Hernández Navarro

Esto hará que ocurrió cincuenta años o más —dice Teresa—. Mi padre salió cuando estaba de alcalde el forestal que había aquí, que vivía en casa de Pepe el Capador, que era de Corbalán o Mantalbán: Ángel Escricher Argente. Hubo un secretario que vino de Barcelona, don Vicente, un chico joven. Vino un día un día un escrito al ayuntamiento, diciendo que si los vecinos tenían algún monte que fuera de los vecinos, y aquí nadie sabía nada. Y entonces él dijo "pues esto lo vamos a mirar a ver", y lo miró y vio que había unos montes que pertenecían a los vecinos. Luego ya vino ese otro secretario, que era de la provincia de Cuenca. No se quién era el alcalde, si sería el tío Cristóbal aún. Entonces había por aquí un cura que descendía de la parte de Valencia. Los de aquí se pusieron en contacto con él (no se si fueron el abuelo de Milagros, Paulino Almazán, y Domingo Zagal). Se ve que habían hecho un acuerdo en el ayuntamiento. El cura les dijo "bueno, pues vosotros el acuerdo que habéis hecho, no lo deshagáis, os digan lo que os digan. Tranquilos, que si sus meten a la cárcel, que me guarden otra plaza para mí, y allí iré yo a sacaros".

Y fueron a Teruel y los amenazaron, pues no querían que las dehesas esas salieran para el pueblo, y que fuera todo del Estado. Les apretaron, y el acuerdo aquel que habían hecho lo deshicieron. Aquello ya quedó así. Luego vino ese secretario de la provincia de Cuenca, y pusieron de alcalde a Ángel, porque así eran dos personas forasteras que les decían que no tenían que mover nada de eso. Yo sí me acuerdo de sentir a don José, el secretario, decir "es que se creen que yo no quiero que salgan las dehesas", y es que ellos no se oponían. Una noche que venían del bar de tu abuelo el secretario y el alcalde, les salieron unos hombres del pueblo y les dijeron alguna palabra más alta que otra, y como entonces no era como ahora, que era la dictadura, ellos dieron cuenta, y al otro día ya había aquí una pareja de Guardia Civiles. Y estuvieron esa pareja de Guardia Civiles veintidós meses en casa de mi tía Julia.

Y entonces no se si ya venía cambio de ayuntamiento, que pusieron de alcalde a mi padre, y también al tío Dionisio Pipante, que vivía en la plaza. Era una persona muy inteligente. Pero nunca llegó a ser nada, pues cuando la guerra había sido sargento en los rojos, así que le tenían como fichado por los maquis esos. Él estuvo me parece algo en la cárcel, y aquellos es que lo vinieron a buscar a él. Cuando hubo que elegir alcalde hubo mucho lío. Todavía vivía Franco, y vinieron de Teruel a investigar a mi padre y a Dionisio, a ver quién tenía mejor conducta. Mi tía Felícitas vivía, y me acuerdo el día que le dieron a mi padre posesión de la alcaldía que vino el gobernador de Teruel, que en la vida había venido, ese día que sube la gente y viene la Guardia Civil… Mi tía Felícitas y yo unos lloros… nos pasamos la tarde llorando.

Mi padre se llamaba Antonio Jarque Domingo, y de mote "Zacarías". Bueno, "Zacarías" era su padre de nombre. A mí me dicen "Teresa la Zacarías", y era el nombre de mi abuelo, que no era mote ni nada: era el nombre. Bueno, ya salió mi padre y el tío Dionisio ya te digo, como estuvo liado con los maquis y todas esas historias, se ve que no les gustó, y sacaron a mi padre alcalde. Y entonces ese día, que se ve en la foto que viene la gente pa´ arriba, es que vino el gobernador de Teruel a darle posesión del cargo, y la Guardia Civil y la gente bajaron allá a esperarlos a la herrería. La misma Guardía Civil que llevaba veintidós meses en el pueblo para que no se produjera ningún altercado por lo de las dehesas. Entonces vinieron y aquella misma noche, mi padre les dijo "por mí la Guardia Civil está aquí de más, porque yo conozco a mi pueblo y se que no hay nadie capaz de hacerme a mí nada", y al otro día por la mañana me acuerdo que vinieron a mi casa, que vivíamos aquí mismo, a despedirse porque ya se iban. Y entonces ya empezó todo eso de las dehesas a removerlo. Francisco Hernández Navarro y Fortunato estaban de concejales-.

— Yo se que fuimos a Zaragoza Zagal, Montero y yo —dice Francisco—.

—¿Y tú no te acuerdas que Lucio Juano fue a Madrid? –contesta Teresa-. Cuando fue mi tío Paco, el de Valencia, el marido de mi tía Josefa… ¿Y no te acuerdas que luego fueron a Madrid el cura aquel Jerónimo, Lucio Juano los llevó en el coche, no se si Joaquín Montero, fue Zagal también, y mi padre y vino mi tío Paco el de Valencia a acompañarlos? Porque se llevaba muy bien con los Ferranes. Porque mi tía Josefa estuvo sirviendo en Los Ferranes en Teruel, con una que le decían "doña Marita", que era hermana. Y entonces estaba en el Tribunal Supremo, en Madrid, don Francisco Ruíz Zarago, que era hermano de esos Ferranes. Y mi tío, que tenía mucha amistad, porque cuando la guerra, como mi tía había estado sirviendo en la casa, el hombre no se qué apurado se vio por ahí, que acudió a Valencia y mi tío pues claro, le ayudó en lo que pudiera y estaban muy agradecidos con ellos. Hace tantos años, que yo hay cosas que me acuerdo y otras que no.

Fueron a Madrid y les dijeron "¿están ustedes citados?" Dicen "no", y les dicen "uy, pues entonces no les van a recibir, porque tienen reuniones". Entonces mi tío dice que echó mano y cogió una tarjeta y se la dio al que salió, y le dice "enséñele esta tarjeta al que iban a ver" y salió "disculpen ustedes, en un momento les va a atender" y entraron y claro, le expondrían el caso de las dehesas, y dice que aquello estaba en el culo del baúl, que no habría salido en la vida porque el Estado no quería. Que en Teruel el gobernador y eso se ve que no querían que salieran las dehesas. Luego le escribieron a mi tío, y mi tío le mandó la carta a mi padre, que esa carta la he leído yo y la he tenido aquí en mi casa; decía don Francisco Ruíz de Zarago que tratándose de Josefa, y siendo el hermano de Josefa el alcalde de Jabaloyas, trataremos de esto agilizarlo lo que podamos y darle salida.

— En Zaragoza nos dijeron lo mismo- comenta Francisco —el abogado este que fuimos nosotros, había llevado casos de Soria, que allí tenía muchos casos como el de Jabaloyas y dijo "esto, de la manera que está, me hago yo cargo del asunto. Aquí esto lo saco yo porque me da a mí la gana y lo voy a sacar". Y lo sacó. También bajamos dos o tres veces a Teruel y estuvimos con el gobernador, que también vio que teníamos razón—.

— A partir de recibir la carta, fue cuando las dehesas salieron a flote ya- dice Teresa-. Salieron las dehesas y a mi tío Paco aún le dieron, que ya lo dijo Zagal "a este hombre hay que darle 50.000 pesetas, por venir y acompañarlos". Que en aquellos años mi tía se cambió la habitación con aquel dinero.

Otros vecinos del pueblo comentan:

— ¿Cómo se repartieron las dehesas entre la gente del pueblo?

— Se hacía una subasta, y el dinero que valían luego lo repartían a partes iguales entre los vecinos.

— Pues más vale que hubieran hecho la carretera de allá arriba, bien hecha, en vez de repartirlo entre los vecinos.

— Y muchas cosas, en vez de repartirlo.

— Pero no éramos todos los vecinos.

— Exacto, porque hasta hace algunos años, muchos estuvieron cobrando y otros pasando la mano por la pared.

— Aquello pasó porque como todas las cosas…

— Estuvieron repartiendo unos cuantos años, que no hace muchos años que han parado de repartir, pero a nosotros los que nos fuimos pues ya no…

— Yo mi mujer, que vino a verme a Barcelona, que estaba yo allí trabajando, por dieciséis días que vino a verme, ya no le dieron nada.

— Tenías que estar viviendo seis meses.

— Nosotros estábamos viviendo todo el año, pero hubo cuatro manipulantes… y lo que pasa, que nos callamos.

— Había muchos que no estaban aquí y las estuvieron cobrando hasta el final.

— A Urbano Borregas que vinieron quince días tarde un año, por el ganado, que es una cosa de fuerza mayor, pues no le dieron perras tampoco.

— Igual que me pasó a mí.

— ¿Cuánto tardó desde el viaje a Madrid hasta que se arregló lo de las Dehesas?

— Pasaron unos pocos años, tres o cuatro. Y a partir de ahí, las subastas que hacían, las repartían entre todos los vecinos.

— Esto lo que tenían que haber hecho era para beneficio del pueblo.

— Hubo mucha picaresca con aquello… cuanta menos gente había, más se cobraba.

— Hubo gente que se vino aquí para cobrar, por eso.

-— enías que ir al ayuntamiento y decir "pues hoy me voy" y había que avisar cuando volvías.

— Hubo líos de gente que cobraba y otros en las mismas circunstancias no existían en las listas.

— Arreglar el pueblo, y hacer lo que sea, y nos beneficiamos todos, y fuera el disgusto.

— Eso por ejemplo, todos los que nos fuimos a Barcelona, porque no hicimos hincapié…

— El dinero es que es muy goloso…

— Sí, pero el honor de la persona…

— Era más legal arreglar las casas del pueblo que repartírselo. Porque yo había colaborado toda la vida, como todos los que nos habíamos ido por circunstancias. Pero éramos vecinos, teníamos intereses de casas, de tierras, éramos vecinos del pueblo igual.

— Eso tenía que haber sido que aunque te hubieras ido, eres vecino del pueblo.

— Que todo fuera a beneficio del pueblo.

— ¿Pero tú no ves una desigualdad, otro que viene de afuera y se hace vecino y a cobrar, y tú que te has ido por buscarte la vida en otro sitio, tú que eres vecino, que no te den dinero?

Hubo quien quiso acabar con esta situación, pero les ofrecieron hacerles del pueblo y cobrar, y se acabó la historia.

— A él le pagaban y dijo "al que no le paguen, que se espabile".

-Teresa, cuéntanos algo más de tu padre, que fue alcalde en aquel tiempo.

- Mi padre nació en 1903. Estaba bien jubilado cuando los Guardia Civiles. Fue diez años alcalde; dejó de serlo el año 75. Mi padre se murió en el año 84.

Un tiempo sin luz

por Concepción Domingo Murciano

Y o nací en Jabaloyas, en el año 1944, en casa de mis padres (Concha Murciano Ferrer y Martín Domingo Lázaro), que antes fue de mis abuelos (Martina Lázaro y Manuel Domingo).

Cuando iba entendiendo algo, fui viendo que por la noche, para no estar a oscuras, encendían candiles que eran de hojalata y que se les ponía aceite; se ponía un trozo de mecha y al impregnarse de aceite, la encendían con cerillas o lo que tuvieran, y daba luz. También estaba la almenara, un yerro con patas y arriba plana, que ponían tedas de pino y daba bastante luz. Otro candil era el Petromás, que iba con gasolina.

En ese tiempo los fuegos eran en el suelo, con leña, con una morilla a cada lado para la sujeción de la leña. Se encendía con un fuelle que soplaba o cada uno con lo que tuviera; había chimeneas para que saliera el humo.

El puchero del guiso se arrimaba a las ascuas y así se iba haciendo la comida. También para calentar el agua o cocer morcillas tenían unas cadenas gordas que enganchaban a alguna parte arriba y ponían el caldero grande y se cocían; también las trébedes las ponían encima de las ascuas para freír o lo que necesitaran.

Hubo estufas con cañón largo para salir el humo a la calle y se calentaba la habitación, y también por donde pasara el tubo. Las cocinillas de hierro fueron eliminando esas cocinas bajas, pues además de que dan calor, se puede guisar y calentar agua y también van con leña.

Las planchas eran de hierro y se ponían al lado del fuego y en las cocinillas encima para calentarlas. Había otras planchas con hueco y ponían dentro las ascuas y así planchaban.

El año que hubo luz no lo recuerdo, pero por supuesto, mucho más cómodo, pues ya vino la lavadora, nevera, etc. Al no tener lavadora, íbamos a lavar al reguero que bajaba hacia la Virgen y la Canal que es la que tiene los dos gamellones.

Teléfono en un tiempo sólo estaba el del pueblo, para todo ir cambiando igual.

Fue un tiempo que había bastantes mozas y mozos, había dos bares y cada domingo o día de fiesta hacían el baile cada vez en un bar.

El agua teníamos que ir a cogerla a la fuente; la nuestra estaba cerca, era la Geta, una fuente que había que apretar para que saliera el agua, enfrente del granero. Estaba también la fuente del pueblo, donde a los niños siempre ha gustado coger cucharetas, cuando las ha habido y la de la Canal, con la fontana. Luego fueron poniendo más, para más comodidad de los vecinos. No tardaron mucho en ponerla en las casas, después de poner más fuentes, y así cada familia según pudieron, prepararon sus cuartos de baño y así mucho mejor, y para que las madres no tuvieran que bañar a sus niñicos en un barreño o balde como me pasó a mí y a los demás de mi tiempo. ¡Gracias!

Apellidos Judeoconversos en Jabaloyas

por Eloy Domingo Valero y Eloy Domingo Plà

Ha habido judíos en la Península Ibérica desde tiempos antiquísimos. Península Ibérica es Sefarad en hebreo; España viene del fenicio Span. Se dice que los judíos españoles son descendientes de las tribus de Judá y de Leví. Se usa el término Sefarad y Sefardí para referirse a la Península Ibérica y los judíos nacidos, provenientes o descendientes de este lugar. Tras las expulsión de 1492, los judíos que se quedaron se llamaron Conversos, designación usada en España y Portugal para los moros (moriscos) y judíos convertidos al cristianismo. Los descendientes de judíos son los judeoconversos. Entre ellos estaban los que judaizaban (practicaban la Ley Mosaica en secreto, es decir, criptojudaismo) y los que se adaptaban a la nueva situación. También se les denominó "cristianos nuevos, Anussim (forzados) o bien Bnei Anussim (hijos de Anussim), término jurídico rabínico que se aplica a los judíos obligados a abandonar la fe contra su voluntad. También se les llama Alboraynos, Tornadizos, Judaizantes, Critojudíos y Personas de la Nación. Pero el término más popular es "marranos". Hay que recordar que a lo largo de los siglos, teniendo su culminación en el siglo XV, fueron absorbidos más judíos, proporcionalmente, en la sociedad ibérica que en la de cualquier país europeo a lo largo de su historia. Así una parte significativa de la población de España posee algún antepasado judío. Los judíos tomaron tradicionalmente apellidos inspirados en personajes bíblicos, así como de origen patronímico, toponímico, de lugar, cualidad o apodo, oficio, flora y fauna.

Teniendo en cuenta lo anterior y que todos los apellidos que existen actualmente en Jabaloyas son o han sido usados por sefardíes y judeoconversos, pasemos a ver el origen del nombre de nuestro pueblo que está asociado a un apellido. Dos versiones recoge Don Juan Francisco de Hita sobre el origen del apellido Jabaloyas (Javaloyas, Jabaloyes, Javaloyes, Valloyas, Valoyes, Valoyas y Baloyes). Las dos están conformes en afirmar que procede de la casa de los Condes de Valois, en Francia, y que el primer caballero que pasó a la península ibérica fue Vicente (Vincent) de Valois, que vino a servir al Rey de Aragón en compañía de Oliver de Germens al objeto de conquistar Mallorca en la cruzada dirigida por Jaime I en 1229. Sus descendientes se establecieron por concesión real en un castillo del monte Jabalón, lugar que tuvieron que abandonar por la esterilidad del terreno, fundando nueva casa y poblado en el lugar, hoy villa de Jabaloyas. Sin duda, la primera denominación de este segundo pueblo debió de ser Baloyas (Valoyas), pues así se apellidaban caballeros como el mencionado Vicente de Valois o de Baloyas. Este caballero en sus luchas con los moros de Valencia, reconquistó Alpuente (1236) en nombre del Rey Don Jaime, quien le nombró alcalde del castillo de Alpuente y le donó el palacio del antiguo rey moro de la taifa de Alpuente. Los Jabaloyas establecidos en la villa de Alpuente sirvieron con gran fidelidad al emperador Carlos V, combatiendo a los comuneros. Felipe II el 1 de mayo de 1562 concedió a Vicente de Jabaloyas privilegio para aumentar sus armas que fueron las siguientes: en campo de plata, un león coronado, de púrpura, cuartel de las armas del propio Rey de España, quien en esa fecha estaba casado con la Reina Isabel de Valois. Por tanto los Jabaloyas tienen como armas: Unos: Escudo partido, 1º de oro, cinco flores de lis de azur puestas en sotuer, y bordura jaquelada de plata y gules; y 2º de gules, un puente de piedra de dos ojos, sumado de un castillo también de piedra y, a ambos lados del castillo, una "J" y una "A". Otros (el linaje de Alpuente en 1562) traen: escudo partido, 1º de oro, cinco flores de lis de azur puestas en sotuer, y bordura jaquelada de plata y gules; y 2º de plata, un león de púrpura, coronado, medio cortado de gules, un puente de piedra de dos ojos, sumado de un castillo, también de piedra.

El origen de los apellidos actuales de Jabaloyas es:

Almazán o Almaçan: Municipio de la provincia de Soria. Es un apellido q u e proviene de dos voces hebreas. Alma: doncella o virgen; y Zan: alimenta. Significa la doncella que alimenta.

Alpuente o Alpuent: Procede del topónimo Alpont (castellanizado Alpuente) nombre de una población valenciana perteneciente al partido judicial de Llíria, en la comarca de Serrans, en los límites con la provincia de Teruel. Una rama apellidada Alpuente se estableció en el S. XV en la villa de Jabaloyas, y de ella fue descendiente Pedro Alpuente Mateo Asencio y Valera, quien probó su nobleza, en 1621, junto con su mujer Isabel de Castellblanch y López natural de Jabaloyas para ejercer el cargo de Familiar ante el Santo Oficio de la Inquisición de Valencia.

Asensio o Asensi: Tiene relación con Asenjo. Las voces Asencio y Asenjo equivalen a ajenjo, en algunos escudos de armas del linaje –muy extendido por la mitad norte de España- figura un brazo armado con un manojo de ajenjos (artemisia absinthium) en lamano. Asenjo es la Estrella nombrada en el libro del Apocalipsis de la Biblia. También proviene de la fiesta de la Ascensión, hay un santo catalán llamado Asesin (San Asensio) y figura en varios topónimos de población.

Aspas: Apellido catalán toponímico (Aspa-Lérida-), poco frecuente y registrado en las provincias de la Corona de Aragón. Proviene del germano Aspa que es el conjunto de dos maderos atravesados en forma de X. También era la cruz de paño rojo que se ponía en el capotillo de los penitenciados de la Inquisición.

Barrera o Barreda: Provienen del norte de la Península. En cuanto la etimología y significado del apellido, el lingüista Gutierre Tibón dice que proviene de la palabra prerromana "barra" que significa vallado o armazón de palos o tablas para cruzar un sitio, atajar un camino o cerrar un paso. También puede provenir del íbero Barti (fortificación). Hay otros significados: sitio de donde se saca el barro de los alfares o

barrizal; montón de tierra después de haber sacado el salitre; alacena para guardar vasijas de barro; alfarera. Reseñado un judío sefardí. Félix Barrera.

Brinquis: Las provincias donde es más común el apellido son Teruel y Zaragoza. Puede proceder de la expresión catalana "embrinquis".

Cadierno: Apellido de origen asturiano extendido a León, Valladolid y Francia.

Cavida o Cabida: Muy extendido por toda España.

Domingo: Del latín dominicus dies –día del Señor-, primer día de la semana que fue el día consagrado al Sol entre los romanos, y aún lleva esa referencia en inglés (Sunday) y en alemán (Sontag); la Iglesia lo dedicó al Señor; apellido patronímico de santoral; cinco municipios en España llevan este nombre. Apellido usado hoy en día por los criptojudíos en la Sierra de la Estrella de Portugal.

Fortea: Poco frecuente, repartido por Valencia, Barcelona, Castellón y Comunidad de Madrid. Procede de Francia y según Moll es una forma derivada de Forteza o Fortesa (fortaleza) por supresión de la "s" interválica. Forteza es un apellido típico xueta mallorquín y también presente en Valencia por el éxodo de xuetas a la península.

García: Es el apellido más común de España. Es apellido patronímico que proviene del nombre personal prerromano García (Zorro, Raposo) de origen ibérico derivado de Hortza, Artza o Hartze, según esta teoría sería oriundo del lugar de Iparralde. García en el idioma godo significaba "príncipe de vista agraciada". Hay varios municipios en la península con este nombre. Hay más de 15 judíos famosos con este apellido.

Garzón o Garcon: Proviene del francés garçon, joven mozo. Proviene de Castilla del Valle de Mena, en el partido judicial de Villarcayo (Burgos). Hay varios topónimos. En los apellidos judíos se utiliza: Garzón, Garson o Garcon.

Giménez o Ximénez: Patronímico de hijo de Gimeno. Tiene las variantes de Jiménez o Ximénez; es muy antiguo y proviene de la zona de Navarra y Aragón. Hay unos diez judíos famosos referenciados con el apellido Ximénez –el usado en el siglo XV-.

Gómez: Apellido patronímico de origen godo, apócope de Gomesco que significa hijo de Gome (o Gomo), relacionada a su vez con la palabra proto-germánica gumaz (gótico Guma, inglés antiguo Guma –man-; inglés medieval gome y latino homo –hom-

bre-). Hay más de cuarenta judíos famosos con este apellido.

Hernández: Hijo de Hernando. Hay cuatro municipios de España con este nombre. Existe desde el siglo XV, como hemos visto quiere decir hijo de Hernán o Hernando, se cree que se tomó del Rey don Hernando. Hernando procede a su vez del nombre Fernando, del germánico –firthu- que significa "paz" y –nands que significa "audaz, atrevido", es decir, aquel que se atreve con todo con tal de conseguir la paz. Hay unos diez judíos famosos con este apellido.

Hidalgo: Persona de linaje distinguido. Su escudo lleva un lucero de ocho puntas en campo de azur. Proviene de hijo del algo, persona de clase distinguida y ánimo noble y generoso. Su lugar de origen está en Asturias, León y Galicia.

Jarque, Xarque o Exarch: Antiguo apellido aragonés de origen toponímico (menos frecuente Ejarque). Procede este apellido del topónimo Jarque nombre de un valle y una población (Jarque de la Val) en la provincia de Teruel y de otra población en la provincia de Zaragoza (Jarque) al pie de la Sierra del Moncayo, cuyo origen etimológico viene del árabe sarq –levante-. Al repoblar Valencia adoptaron las formas de escritura Exarque o Exarch.

Laguía: Aparecen en Castilla en el siglo XII. Su escudo tiene cinco estrellas de ocho puntas azur puestas en aspa o sotuer sobre fondo gris.

Lázaro: De Lazarino (Leproso), pobre andrajoso. San Lázaro, hermano de Marta y María al cual resucitó Jesucristo al cuarto día, es un apellido patronímico que viene del hebreo Eleazar (amado o convertido a Dios). Apellido común entre los judíos de Aragón que huyeron de las persecuciones.

Mansilla: Apellido antiguo y de noble linaje se supone proveniente de Mansilla (León); también está Mansilla en Logroño y cinco municipios más (Burgos y León). Viene de la palabra "manso", adjetivo adoptado al castellano en el año 1120, tomado del latín vulgar "mansus", que se extrajo del latín clásico "mansuetas", más apropiadamente: "acostumbrarse a la mano o poder del dueño".

Marco: Nombre proveniente del alemán Mark, hay trece municipios en España con este nombre en Galicia. El apellido Marco (Marcos) también procede del nombre Marcos o Marco, derivado del antiguo praenomen latino –Marcus- se supone proveniente de Marticos, derivado de –Mars, Martis-, el dios romano de la guerra. Muy antiguo en el Reino de Aragón. También aparece como Marc o March entre los judíos sefardíes.

Martínez: Deriva del nombre de Martín. Hay unos diez judíos sefardíes famosos referenciados.

Monleón: Río en la provincia de Castellón, afluente del Mijares; también en esta provincia está el municipio de Monleón. Municipio de Salamanca. Las ramas principales de Monleón están en las provincias de Teruel y Zaragoza.

Murciano o Marciano: De origen toponímico –Murcia-.

Navarro: Se dio como apodo toponímico –de Navarra- a los caballeros hidalgos navarros que participaron en la reconquista. En la villa de Aragón de Ejea de los Caballeros es donde los caballeros navarros dan origen al apellido. Hay diez judíos sefardíes famosos referenciados con este apellido.

Pérez: Procede de Pedro "derivado de Pero –variante aragonesa- o Petrus), con el tiempo se hace compuesto como López: Pérez de Tudela, Pérez de Soria, Pérez de Zamora, Pérez de Córdoba, etc… Hay catorce municipios en España con este nombre. Pérez también viene del hebreo Perets que es el hjjo de Judá. También es popular como Pares que es la palabra hebrea que designa los capítulos en que se divide la Torah. Hay más de treinta judíos sefardíes famosos referenciados con este apellido.

Pomairon o Pomairol: De origen francés.

Pradas: Apellido de origen asturiano y cántabro (Prada), aunque también es posible encontrarlo en Italia y Flandes, de donde provenían a su vez originalmente. Hay municipios con este nombre en Galicia, León y Asturias.

Ramírez: Hijo de Ramiro. Hay municipios con este nombre en Almería y Santa Cruz de Tenerife. Es muy antiguo y de tipo patronímico. Según Fernando González-Doria en su "Diccionario heráldico y nobiliario de los Reinos de España", el apellido deriva del nombre de Ramiro. Etimológicamente el apellido queda descrito en la obra de Josep Mª Albaigés "El gran libro de los apellidos" donde se dice que es patronímico de Ramiro y procede del nombre de pila de origen germánico y usado como apellido. Se han ofrecido diversas etimologías, de la que destaca por un lado, la que afirma que es contracción de Ramiro, el Ranamers visigodo (rana –cuña- y mers –ilustre-) y por otros la que parte de Radamir (rad –consejo- y miru –insigne-). Es frecuente en Asturias, Galicia y León convirtiéndose con el tiempo en un apellido compuesto. Hay unos seis judíos famosos sefardíes referenciados con el apellido.

Rodríguez: Apellido patronímico originario de la provincia de León, significa hijo de Rodrigo o Rodericos, nombre de origen germánico y latinizado como Roderici; el patronímico -ez al final de este y otros tantos apellidos peninsulares podría ser un préstamo del idioma vasco a través del antiguo Reino de Navarra y también se relaciona con toponímicos peninsulares. Por otro lado otras fuentes aseguran que los sufijos patronímicos –ez/-iz/-az (Rodríguez, Ruíz, Díaz) podrían derivar también del genitivo latino –is, aunque es una teoría muy discutida. Hay más de sesenta sefardíes famosos referenciados con este apellido o el portugués Rodrigues.

Rubio: Animal marino. Hay cinco municipios en España con este nombre. Apellido derivado del latín rubeone, que proviene de rubeus "rojo". El apellido derivado Rubelios procede del latín Rubeolum. Se inicia en Castilla el apellido. Hay cinco municipios en España con este apellido (Murcia, Málaga y Badajoz). Hay referenciados unos quince sefardíes famosos con este apellido.

Soriano: Muy antiguo, la primera casa documentada con el apellido aparece en Aragón, que por la proximidad con Soria hace pensar que el apellido tomó la denominación de esta tierra (gentilicio). Apellidos derivados son Soriano o Sorianas (hay el lugar de Soriana en Estopiñán –Huesca-). La primera casa solar estuvo en Zaragoza de donde una rama pasó a Valencia. Es un apellido ilustrado en Huesca, Zaragoza, La Rioja, Valencia y Soria.

Trujillo: Municipio de Cáceres y Sevilla. La población cacereña de Trujillo se supone que fue primitivamente una fortaleza habitada por los rucones, cerca del río Magasca; sea como sea, lo cierto es que el nombre actual corresponde a la romana Turgelium. García Alfonso VIII cedió entre otras villas, la extremeña de Trujillo. Se extendió por Andalucía ya que algunos caballeros aragoneses sirvieron al Rey Fernando III el Santo, acompañándole en la conquista de Sevilla y fundaron casa en Carmona, Conil, San Lucas, Córdoba, Riogordo, Baena, Andújar, Antequera y Alcalá del Río. Según los reyes de armas Alfonso de Guerra y Julián José Brochero, este linaje procede de Jaca (Huesca) del caballero Gil de Trujillo, ricohombre de Aragón allá, por el 1136. El apellido está muy extendido por Aragón de donde es originario. Entre los sefardíes también se usa Truxillo.

Valero: El libro "El solar catalán, valenciano y balear" nos dice que Valero es un apellido valenciano que pasó a Mallorca. Pero "Heráldica y genealogía" nos dice que se trata de un apellido de indudable procedencia aragonesa. El primero de que se tiene noticia es Don Juan Valero de las Useras, caballero de Aragón que peleó bajo el estandarte del rey Don Jaime, en la conquista de Valencia. Fue un valeroso soldado que conquistó laureles en el campo de batalla, donde siempre se distinguió por su valor e intrepidez. Alcaide de Mugente defendió con tanto ardor y eficacia esta plaza de los ataques del Rey Alfonso, que este monarca desistió de atacarle al verlo, de pie en las almenas, desafiando con osadía al tiempo

que gritaba "Valer o morir", de modo que este Rey se retiró de aquel lugar sin concluir la empresa iniciada. El Valero es un lugar del partido judicial de Peñas de San Pedro en la provincia de Albacete; hay otros toponímicos en la provincia de Salamanca. También es patronímico por San Valero. Valero según el lingüista Gutierre Tibón nos dice que fue tomado del nombre propio castellano Valero, que procede del latín "valirius", que tiene significado de "daño, fuerte". Hay una importante familia sefardí de banqueros y abogados con este apellido en Israel.

Vizcarra, Vizcarri o Vizcarrí: Apellido de origen vasco (Gernika-Lumo/Bizcaia) poco frecuente y registrado sobre todo en las provincias de Barcelona, Vizcaya y Huesca, siendo notable su presencia en Madrid, Teruel, Zaragoza, Valencia y Burgos y menor en otros lugares. Procede de la voz euskera bizkarra: biozcar igual a "espalda o loma de los montes"; significado del apellido Goputz atala edo mendi lepora: "la espalda o loma del monte" o "la loma o lugar de las lomas". Los de este apellido pasaron, ya en el siglo XV a Aragón, pues según el censo aragonés del año 1945, tenían casa en Araguás del Solano, Jaca, Orán y Sieso de Jaca (Huesca). El término "carra" aparece en numerosos topónimos aragoneses sobre todo en las actuales provincias de Zaragoza y Teruel. Este prefijo está extendido por una gran parte del norte de España, especialmente en la zona de León, norte de Castilla, La Rioja, Navarra y Centro y Sur de Aragón. Cuando aparece "carra" como prefijo viene a significar "camino" o "camino que va hacia". También se encuentra el prefijo "cara" o incluso "carria". En otras ocasiones la raíz car- adquiere otro significado que viene del íbero car- o vasco gara- con idea de "altura o cumbre". Como raíz preindoeuropea de la raíz cara- parece aludir a "roca, altura rocosa" y da origen a cara como "piedra". La raíz car- parece relacionarse también con "barranco, precipicio". Otra teoría es que la raíz car- presente en infinidad de topónimos de la mitad norte de España (Carranza, Carrejo…) es de origen céltico, como "roca o peñasco", de donde proviene el vasco "arri" piedra.

Yagües o Yagüez: Repartido por España, siendo una forma patronímica de Yagüe, nombre antiguo de bautismo, que actualmente equivale a Santiago (Saint Yago) y se incluye por tanto en el grupo de apellidos adoptados como tales por partir de nombres de santos. Procede del nombre latino Lagus, contracción de Jacobus, derivado del hebreo Yaacob "el que suplanta". Familias Yagüe se hallaron entre las primeras que repoblaron el antiguo Reino de Valencia, una vez ganado a los moros por Jaime I.

Yuste: O Iuste es de origen vasco y también procede del nombre personal latino, según Roberto Faure. El nombre Iustus generó además del de Yuste, los apellidos Juste (Aragón), Just (Cataluña y Aragón) y Justo (Castilla). El historiador Jaime de Oncrexeta piensa que es originario del Reino de Navarra mientras que Julio de Atienza opina que posiblemente sea de la zona nor-riojana cuando era vascófona o bien de Guipúzcoa. Existe en Extremadura un pueblo llamado Guacos de Yuste, allí se ubica el Monasterio de Yuste. El pueblo tomó recientemente el sobrenombre de Yuste por la fama del monasterio. En cambio el monasterio tomaría el nombre de un arroyo cercano llamado Vecelejo, curiosamente también llamado Yuste. El apellido tuvo radicación en la Corona de Aragón, según algunos autores se habla de que pudo fundar un linaje en la población de Arbesa o Artesa, que pudieron ser el pueblo actualmente abandonado de Pardina de Larbesa o Artieda respectivamente, se tiene constancia de que hubo personas allí asentadas con este apellido desde 1626. Las armas de Leovigildo de Yuste, conquistador de Cuenca, añadió al blasón habitual a causa de hallarse en el cerco del castillo de Garci Muñoz: En el campo de gules, un castillo de plata, y encima de la puerta una mano cortada goteando sangre, con una leyenda que dice "Por la fe", entre la puerta y la mano.

Los apellidos familiares antes del censo de 1495:

Ageda/Agueda o Agreda, Alfonso, Alpuente, Aranda, Asensio, Barreda, Cabronero, Calvo, Cavero de Marzilla, Dalda, De Torres, Epila, Escolano, García, Garcon/Gascon, Gómez, Gonzalvez, Iranzo, Jullan, India (proveniente de Sicilia), Laguía, Llorente, Marco, Mateo, Molina, Montiel, Navarro, Novella, Pérez de las Pradas, Portero, Pradas, Rioja, Rodrigo, Rodríguez, Romero, Sánchez del Rebollar, Terrer, Valero, Xarque, Ximénez, Ximeno.

Apellidos en el Fogaje de 1495

El Fogaje de 1495 fue un censo del Reino de Aragón ordenado por el Rey Fernando el Católico para recaudar el impuesto de las sisas, para elevar un ejército ante las amenazas de Carlos VIII de Francia y arreglar el problema de la peste negra que afectaba a las antiguas juderías del Reino. Dividió con este fin a Aragón en doce sobrecollidas (divisiones fiscales administradas por un sobrecollidor), la que nos interesa es la de Teruel-Albarracín. La sisa sencilla fue de trece sueldos jaqueses por fuego para las localidades de 99 fuegos o menos, 16 para las de 100 o más, y 21 para las ciudades. La sisa doble fue de 16, 22 y 33 sueldos por fuego, respectivamente. Hay sitios habitados por moriscos y los judíos eran en aquel tiempo forajidos del reino desde el edicto de expulsión de 1492. Estos son los apellidos: Almaçan, Asensio, Barrera, Calahorra, Calvo, Canyaveras, Domingo, Exarch (Jarque), Gómez, Lorent, Luziendo, Martín, Martínez, Martínez de Agreda, Matheu, Montiel, Morata, Murciano, Novella, Puente, Rioja, Rodríguez, Romero, El Royo, Terrer, Valero, Ximénez, Ximénez Peralpuente, Ximeno.

Demografía en Jabaloyas

Año 1495 con 236 habitantes, 1580 no hay constancia, 1619 con 872 habitantes, 1787 (hacia 1737 ya no habían infanzones en el pueblo) con 802, 1877 con 661, 1900 con 686, 1950 con 525 y 2000 con 89 habitantes.

Se puede apreciar en los censos que Jabaloyas o Javaloyas pasa de 29 fuegos en 1489-91 a 58 fuegos en 1495. También en los censos del siglo XVII se ve un proceso de ocultamiento de datos.

Los judíos en épocas de persecución hacían dos cosas: emigraban o se escondían en lugares recónditos en los lugares de persecución y practicaban la ocultación de datos que pudiera dar lugar a que fueran encontrados y castigados. Se ve una continuidad en el tiempo de los apellidos apegados al territorio, así como la existencia de relaciones endogámicas entre los mismos, muchas veces en los tiempos pretéritos buscando la incrementación y mantenimiento de los bienes conseguidos con el esfuerzo del trabajo; es decir, la conservación del patrimonio.

También se debe tener en cuenta los grandes tratos comerciales que hacían los habitantes del pueblo con los judíos de Albarracín, Teruel y otros lugares de la Península y el extranjero. Es una costumbre muy judía hacer negocios entre ellos mismos.

Un análisis genético de población daría respuesta definitiva a muchas preguntas.

Raquel, la de Madrid

por Raquel Cadierno Domingo

Mi madre, Conchita, nació en Jabaloyas, pero antes de cumplir la mayoría de edad se marchó fuera a estudiar. Primero estuvo en Valladolid, para más tarde acabar en Madrid. Allí conoció a mi padre, Víctor, que era de Benavente (Zamora), y que casualmente también había estado en Valladolid antes. En Madrid se casaron y nos tuvieron a mi hermano Víctor Martín y a mí.

El primer recuerdo que tengo es lo diferente que era para mí la vida en el pueblo con respecto a la vida que llevaba en la ciudad. En Madrid, mi vida era el colegio y estudiar, y los fines de semana salir a dar una vuelta con mis padres. Pasaba los días entre paredes. En cambio, en Jabaloyas, mi vida se desarrollaba fuera de casa. Los días allí estaban llenos de luz y alegría, rodeada de otros niños; algunos eran del pueblo, y otros hijos de hombres y mujeres que un buen día habían tenido que emigrar, como mis propios padres habían hecho. Libertad y alegría se entremezclaban en aquellos días en los que solo volvía a casa para comer o coger el bocadillo de la merienda, porque desde el inicio del día hasta el caer de la tarde, corría como un gamo por las calles de mi querido pueblo. Cuando oscurecía, veía desde el balcón de casa al pastor con su rebaño de ovejas regresar al hogar. El balido de los animales me acompañaba a la hora de dormir.

Fueron años de juegos, de aprender a montar en bicicleta en el frontón, de buscar OVNIS, sentados en lo alto de la fuente de la plaza del ayuntamiento por la noche; de jugar al fútbol con los chicos, de montar un grupo de rock con mi hermano y Rogelio y cantar "Mil campanas" de Alaska y Dinarama y "Cruz de navajas" de Mecano; de jugar al baseball y escondernos en los pajares, de meternos en casas abandonadas para investigar; de averiguar si la existencia del túnel que une la Iglesia de la Asunción, del siglo XV a la ermita de San Cristóbal en lo alto del Jabalón era realidad o leyenda; de hacer cola con los otros niños para poder mirar con los anteojos de Enrique un globo sonda que pasó una tarde por el pueblo y comprobar que no era un OVNI; de coger cucharetas, de colarnos en la peña El Bache y ayudar a nuestros padres en las cenas de la peña San Cristóbal con sus trajes típicos; de hacer un club para chicas o irte a la piscina plegable de Rogelio y Marian, volver a casa dando botes en el remolque de mi tío entre sacos de trigo al caer el sol… tantas aventuras de la infancia, que acababan cada noche en el colchón de lana, en el que siempre amanecía, a la mañana siguiente, hundida en el medio como un gorrión en un nido.

Recuerdo a Caín y a Nula, los perros de mi tío. Al principio sólo estaba Caín. Era un pastor alemán al que muchos temían. Decían que era malo, pero yo de niña pensaba que eso de que Caín había matado a Abel no podía ser posible, puesto que Caín era muy bueno. Nos protegía. Tenía su caseta en el cerrado de la casa. Encima de ella, había una foto suya. Por las noches dormía allí. Por las mañanas, mi tío Martín abría la puerta del cerrado y de la calle, y soltaba a Caín, y este salía corriendo como una flecha. Yo me escondía tras la puerta, porque era pequeña y me asustaba al verle así, salvajemente feliz. Caín jugaba con mi hermano y conmigo al escondite; le engañábamos para que fuera a algún sitio, y mi hermano y yo nos íbamos corriendo y nos escondíamos tras una caseta que había por allí cerca, de Telefónica, alrededor de la cual girábamos para que Caín no nos viera. Pero él era más listo; cambiaba su dirección hasta que nos pillaba frente a él, y acababa dando saltos de alegría cuando nos encontraba. Tenía mucha paciencia. Un día le pusimos las gafas de la abuela, sin que ella lo supiera, y él aguantó estoicamente. Nos quería de verdad, solo como los animales saben querer: con nobleza y de verdad. Siempre acompañaba a mi abuela Concha en sus paseos. Un día, Caín regresó solo; le seguimos, y nos llevó hasta mi abuela, que se había quedado sentada, lejos de la casa. Se encontraba mal, y Caín había vuelto para avisarnos. Ella tenía problemas de corazón, y él la cuidaba. Una vez, después de bañarse en la Portera de la Majada, Caín enfermó, y tuvieron que ponerle inyecciones. Cada vez estaba más viejito, y perdía pelo, pero nunca dejó de querernos. Cuando nos íbamos a algún sitio con el coche, Caín nos seguía por la carretera. Ya de mayor, viajaba con nosotros. La tía Ángeles, una entrañable vecina de pelo blanco como la nieve, nos decía que cuando nos íbamos mi hermano y yo a Madrid, se le veía triste, como esperándonos. Cuando volvía al pueblo, un año después, lo primero que esperaba era oírle ladrar. Le decía "¿no te acuerdas de mí, Caín? ¡Soy yo!" Un verano, al volver al pueblo, Caín ya no estaba. Nunca le olvidaré.

La adolescencia llegó y lo cambió todo. Los que antes eran mis compañeros de juegos, habían crecido, y ya no estaban

interesados en batallas de piedras, subirse a los árboles a por picotas o jugar al escondite. Mi tío había construido una granja y yo cada vez pasaba más horas ayudándole y jugando con mis primos. Poco a poco fui alejándome de mis viejos amigos. Y así, mi ilusión por ir al pueblo fue desapareciendo. El trabajo, viajar a los Estados Unidos y vivir en Nueva York me alejaron definitivamente de Jabaloyas.

Años después, sentí el deseo de volver. Mis amigos eran ahora adultos, pero poco a poco fui retomando las viejas amistades, valorando la libertad y la naturaleza de las que disfruto cuando estoy en Jabaloyas. Por aquel entonces, durante el verano, organizaron una caminata de Jabaloyas a Teruel campo a través. Había quien decía que aquello era una locura; yo dudé si apuntarme o no, pero me pareció una gran experiencia, y decidí participar. Salimos del pueblo hacia las siete y pico de la mañana, y llegamos a Teruel más allá de las dos de la tarde. Fui la única mujer en completar el recorrido. Aparecimos en El Diario de Teruel. ¡Incluso hubo un eclipse aquel día! Fue muy especial. Para mí fue hacer algo impensable, que traspasaba mis propios límites, y que además me hizo muy conocida en el pueblo; ya no era solamente Raquel, la hija de Víctor y de Conchita, la sobrina del tío Martín… era Raquel, la de Madrid. Los siguientes años hubo más caminatas, y siempre que pude, participé, como fueron la caminata del pueblo a Albarracín, al Molino de San Pedro, al Campamento de los Maquis o a El Cuervo, entre otras.

Un verano, en 2010, un socio de la Asociación Cultural San Cristóbal de Jabaloyas me habló de un proyecto que existía para hacer una revista cultural del pueblo. A mí me entusiasmó la idea, y me animaron a empezar, a ver lo que salía. Puse manos a la obra, y el verano del siguiente año, con la colaboración de vecinos del pueblo que me relataron sus experiencias, Patxi, que la editó, y el apoyo de la Asociación Cultural y la Comarca de la Sierra de Albarracín, salió el primer número de El Escaramujo. Afortunadamente, gustó, y desde entonces ha salido un número de la revista anualmente; ya vamos por la sexta revista este año, con la ayuda de todos.

Escribir para la revista me hizo ver el pueblo con otros ojos. Hablar con personas de Jabaloyas con las que antes no me había relacionado mucho, especialmente por la diferencia de edad (no pertenecían a "mi grupo"), me hizo interesarme por la historia del pueblo, sus antiguas costumbres y riqueza patrimonial. Hablaba con una persona para que me contara sobre hechos antiguos acaecidos en determinada fecha, y acabábamos hablando de viejas tradiciones o historias de la guerra, de esas que te decían "te lo cuento, pero no se lo digas a nadie, apaga la grabadora". Y me di cuenta que siempre habían estado ahí, pero yo no había prestado atención.

Me enteré entonces que las letras trabajadas en forja en el balcón de mi casa del pueblo son las iniciales de mis bisabuelos: "MD" por Manuel Domingo y "ML" por Martina Lázaro. Supe que mi bisabuelo fue a América, como yo, a trabajar en busca de fortuna, y cuando regresó, construyó la casa en la que ahora vivo, al estilo de las casas que él vio en su viaje (por eso es diferente a las del resto del pueblo). La familia montó allí una tienda de ultramarinos, que tenía de todo, incluso ropa. Ellos vivían en el Callejón de Brozas, al lado. Cuando llegó la guerra, la tienda fue saqueada. El marido de Elena, mi tía abuela, fue a Bronchales, a ver otro comercio que tenía allí. La familia no quería que fuera, pero él estaba preocupado. Allí le hicieron cavar su propia sepultura y después le mataron y enterraron en ella. Su segundo hijo había nacido hacía tan solo ocho días. Los soldados entraron en la casa e hicieron una fogata en medio del salón, cuyas llamas llegaron hasta el tejado. Cuando la guerra acabó, los abuelos arreglaron la casa, pero mi madre recuerda que su padre siempre le decía que cuando andara por el piso de arriba, tuviera cuidado, porque ya no estaba firme por el fuego de aquellos hombres.

Me contaron que mi tía abuela paseaba por el pueblo y veía en alguna casa las cortinas que le habían robado de la tienda, y callaba. Otra persona me contó que aquellos que hicieron eso, luego iban a misa todos los domingos. Me pregunto qué pensaban cuando veían cara a cara a mis abuelos, si estaban arrepentidos o si ni siquiera sentían vergüenza. Me pregunto cómo el ser humano es capaz de dejar a un lado la moral y lo que es justo, y dejarse llevar por el odio y la envidia. Me contaron que a mi abuelo lo llevaban a fusilar a la Virgen (su pecado era ser comerciante) y el tío Cristóbal intercedió por él y lo salvó. El padre de mi abuela, en cambio, tuvo peor suerte; apareció muerto en el campo. Unos echaron la culpa a los maquis, otros a comerciantes que había por la zona en aquellos días… nunca se averiguó la verdad. Por eso ahora, cuando oigo a los

políticos defender sus ideologías, tergiversar la historia o echar las culpas a uno u otro bando, me pregunto si hay alguna idea o bandera que justifique la muerte de un inocente. No debería haberla. Me pregunto por qué la gente se deja arrastrar a veces por la corriente y olvida la razón.

Tras la guerra, mi tía abuela se fue del pueblo, y mis abuelos montaron un estanco. Mi abuelo iba a comprar tabaco a Albarracín en un viaje de seis horas para luego venderlo en el bar que abrieron, el del tío Martín, donde se celebraban bailes a los que acudía todo el pueblo.

Cuando el bar desapareció, mucho tiempo después, mi tío tenía allí su taller de fontanería, donde hacía todo tipo de reparaciones. Después, mi padre reformó la casa, e hizo que quitaran de las paredes exteriores la cal, para dejar la piedra vista. Poco a poco otros vecinos fueron haciendo lo mismo, lo cual creo que embelleció aún más si cabe al pueblo.

Estas viejas historias se mezclaban con mis recuerdos más cercanos; cuando era niña y bajaba con mi padre en la Vespino y pasaba a toda velocidad por la Canal, y veía las piedras volando a nuestros pies, o cuando mi padre decidió dejar la escopeta de perdigones porque prefería ver los pájaros volar a matarlos. Recuerdo a muchas personas especiales para mí, como la tía Ángeles, Felipe y Carmen, los pastores, Isaac, que era tan especial, Pilar con sus perros, aquellos abuelillos que vivían al lado de la casa de La Sirena, la abuela María, aquella señora que tenía una tortuga y nos daba a mi hermano y a mí antiguos TBO cada tarde que íbamos a visitarla… tantas y tantas personas que me han tratado con cariño y que nunca olvidaré. Tantas vivencias, tantos momentos pasados concentrados en aquel pequeño pueblo rodeado de trincheras que recordaban una guerra en la que todos perdieron. En la ciudad había quien me decía "¿por qué te vas tan lejos? Aquí, en la sierra de Madrid, hay pueblos preciosos". Y es verdad… pero yo siento, de alguna forma, que pertenezco en parte a Jabaloyas, con sus edificios de la Edad Media, con su Casa de la Sirena, (a mí, que tanto me gustan las sirenas) y sus leyendas que le señalan como "el pueblo de las brujas", con su cielo estrellado, cuya Vía Láctea se ve perfectamente en las noches más despejadas, y, sobre todo y ante todo, la naturaleza, ese entorno tan especial en el que se encuentra, hacen que Jabaloyas sea para mí un lugar al que debo volver… al que necesito volver. Me gusta la libertad que tengo en el pueblo, poder pasear con mis amigas y charlar de nuestras cosas sin horarios, sin prisas. También es cierto que hay cosas que no me gustan nada, como la caza, o que se hagan fiestas con animales, pues soy una amante y defensora acérrima de la naturaleza y pienso que el ser de distinta especie no nos da derecho a atormentar al resto de animales. Creo que el tiempo que estemos en esta vida, debemos pasar por ella haciendo el bien, en la medida de lo posible, y no hacer a otros, sea persona, animal o cosa, lo que no queramos que nos hagan a nosotros. Creo que si esto lo pusiéramos todos en práctica, el mundo sería radicalmente distinto a como es hoy.

Y siento que, como esa vieja casa que ha sido bellamente construida, luego asaltada, quemada, reconstruida y restaurada, nosotros somos también, en ocasiones, vapuleados e incluso destruidos por la vida, pero aun así, como la casa de Jabaloyas con las iniciales de mis bisabuelos, seguimos en pie y volvemos a empezar, para continuar tejiendo nuestra propia historia.

Las tres vidas de Aureliano

por Raquel Cadierno Domingo

Dicen los mayores de Jabaloyas que hace mucho, mucho tiempo, existió en el pueblo un pastor llamado Aureliano, el cual era víctima de los vicios más mundanos. Gustaba el hombre, tras recoger a las ovejas en el corral, pasarse por la taberna y tomar unos vinos, que a menudo se prolongaban hasta el amanecer, por lo cual a menudo casi no se tenía en pie para llevar, al día siguiente, a las ovejas a pastar hasta el monte Jabalón.

Con el paso de los años, su afición a la bebida, el dormir poco y el tabaco, fueron pasándole factura. El médico que subía los jueves al pueblo le recomendó apartarse de aquellos vicios, pues si no, no duraría mucho. Su mujer, Angustias, y su hijo Benjamín, se preocupaban por él, pero no había forma de hacerle entrar en vereda. Así, cada día se sentía un poco más cansado, un poco más pesado, un poco más desanimado. Una mañana, Aureliano no se levantó, y la buena mujer salió de la casa, a voz en grito, pidiendo ayuda. Como aquel no era día de médico, la pobre mujer decidió ir en busca de la Bruja Piluca, una sanadora no letrada pero con fama en todo el contorno. También se decía de ella que era un tanto maquiavélica, pero estando como estaba Aureliano casi de cuerpo presente, Angustias se agarró las sayas y corrió hacia el barranco del Molino, a buscar a la Bruja Piluca, pues era allí donde vivía, entre los huertos y el agua que manaba de las entrañas de la tierra, en semioscuridad, como le gustaba a ella.

—¡Piluca, Pilucaaaaaa! —gritó la angustiada Angustias.

—¡Uca, uca! —se oía al eco.

—¡Pilucaaaaa de mis entretelaaaaaa-asssss! –llamaba Angustias.

— ¡Elas, elas! —seguía el eco, guasón.

—¡Sal que la diña el Aurelianooooo!— se desgañitaba la buena mujer.

—¡Ano, ano!— respondió el eco, aún más fuerte.

—Ah, no… ¡eso sí que no! ¿Pero qué lenguaje es ese? ¿Ande vas?-apareció Piluca, muy enfadada, pues ante todo era una bruja a la que le gustaban las buenas formas.

Entonces Angustias le contó sobre la enfermedad de su incorregible marido, y que no lograban hacer carrera de él, pues por más que los médicos le habían advertido, él seguía en sus trece con su vida de jolgorio y perdición guiñotera de cervezas y partidas nocturnas.

—No lo puedo ni estomagar—, comentó la bruja, —¡¡aaay, si hubiá sido una almóndigaaa…!! Yo esto te lo soluciono en un periquete. Tres vidas le daré al mangarrián de tu hombre para que reconsidere el ababol.

La pobre mujer, en lo profundo del barranco, no se si por miedo o la humedad del barranco, tiritó, y la bruja le dijo:

—¡Cagüenlá, paices un pollo mantudo! —exclamó la Piluca, y con esto se echó un manto negro que llevaba por encima de la cabeza, y desapareció entre las sombras. Angustias, temblorosa, emprendió el camino de regreso a casa sin tenerlas todas consigo. Aureliano seguía en cama, sin moverse, y ella comenzaba a temer lo peor.

Y Aureliano se despertó, aunque de otra forma. Miró sus manos y vio las de un niño. Pensó que era un sueño, pero todo era muy real. Corrió hasta el espejo del baño, y apenas se vio el flequillo, pues era demasiado pequeño. Quería gritar de terror, pero en cambio, permaneció inmóvil. Entonces apareció Angustias, que le dijo:

—Venga Benjamín, hijo, que hay que ir a la escuela-. Y le dio la mano, acompañándole a clase. Allí le dio la mochila y el bocadillo para el recreo. Él no se atrevía a decir palabra. Aquello era algo inexplicable. Pasó el día entre los otros niños. Vio al maestro, que daba la lección, las travesuras de sus compañeros; jugó al pilla-pilla y al fútbol. Luego a la tarde vino Angustias a buscarle. Le cubrió la cara de besos y le preguntó qué tal su día. Luego le dio la merienda. Veía en los ojos de Angustias un amor y una ternura que antes no había notado. Él comía lentamente. Todo parecía más grande, pero en realidad era él el que era más pequeño. Después hizo sus deberes, y salió a la calle a ver a sus primos. Casi se cayó de bruces de la impresión, al ver venir por la calle a Aureliano —él mismo—. Venía del bar, e iba haciendo eses. Se quedó petrificado. Aureliano le vio –aunque era él-, pero se dio cuenta que lo que veía ese Aureliano era a su hijo Benjamín. Le cogió de los mofletes y le habló, con su voz pastosa por la bebida. Se dio cuenta que otras personas les miraban. En sus ojos había burla, desprecio… y lo que más le dolió, lástima. Entonces Aureliano se dio cuenta de lo que su hijo sentía, y sintió un dolor que le dobló en dos. —Pero sólo es un niño—, pensó, y ya no se sintió tan mal.

—¡Aureliano, Aureliano!- oyó que le llamaban. Abrió los ojos y vio a su mujer, Angustias, que aferraba su mano—. ¡Tienes mucha fiebre!- Y le secó la frente. Volvió a sumirse en sus pensamientos.

Despertó otra vez. Miró sus manos, y eran finas y más pequeñas que las suyas. Corrió al cuarto de baño, y esta vez sí alcanzó a verse. ¡Se había convertido en Angustias, su esposa! En esta ocasión intentó no perder la calma, y desempeñar el papel que aquel sueño, pesadilla o visión le había dado. Así, fue a despertar a su marido —él en realidad—, que se había quedado dormido, tras una noche de juerga con los amigos en el bar. La habitación apestaba a alcohol y roncaba como un oso. Luego despertó a Benjamín, que no quería levantarse. Preparó los desayunos, fregó los cacharros que Aureliano había dejado al llegar de madrugada, y acompañó a su hijo al colegio. Después, hacer la compra, cocinar, arreglar la casa e ir a la fuente a lavar la ropa, para luego echar algunas horas donde la tienda, para remendar viejos vestidos y sacos para el trigo, y así sacar unas pesetas. Luego otra vez a por el niño, ayudarle con las tareas, un poco de lectura mientras hacía la cena, y luego Aureliano, que según venía, se iba al bar. Por la noche, caía rendida en la cama. Horas después, de madrugada, volvía Aureliano, que la despertaba y le contaba las chanzas de los amigos. Ella estaba tan cansada, que le escuchaba mientras se le cerraban los ojos por la fatiga.

Aureliano se dio cuenta de lo que su mujer sentía, y sintió un dolor que le dobló en dos. —ero sólo es una mujer—, pensó, y ya no se sintió tan mal.

—¡Aureliano, Aureliano!— le llamaban. Abrió los ojos de nuevo y vio a Angustias, que le tocaba la frente. ¡Estás peor!— Pero él sentía alivio al ver que volvía a estar en su propio cuerpo, y sus ojos se cerraron.

Cuando volvió a abrirlos, miró sus manos, pero esta vez, en su lugar, lo que encontró le hizo gritar. Y aún más se asustó cuando, en vez de un grito saliendo de su garganta, lo que escuchó fue un ladrido. Sus manos eran patas. Esta vez era su perro, aquel al que no había puesto ni nombre. Era el que le ayudaba a cuidar del rebaño. Y con sus ojos perrunos vio aparecer a su amo, Aureliano, que le daba como saludo un puntapié, para echarlo de la casa. Le esperó en la puerta, y cuando salió, le acompañó con las ovejas hacia el Jabalón. Si alguna vez una oveja se apartaba del camino, Aureliano golpeaba a perro con fuerza con una garrota que llevaba. Cada golpe le dolía tanto que le dejaba sin respiración. Además, tenía hambre y sed, pues se pasaba el día corriendo sin descanso. Las espigas se clavaban en sus patas. A veces se infectaban, pero Aureliano no le cuidaba. Aún así, él era cariñoso y manso. Cuando volvieron a la noche, estaba exhausto. Su pobre cuerpo no podía más. Se acercó a la fuente de la plaza, pero no pudo beber; Aureliano le dio un garrotazo en la cabeza.

—Sal de ahí, chucho, y vete a la era a ver si hay algún charco— le espetó su amo.

El perro apenas se tenía en pie. Estaba en los huesos. Aureliano lo cogió de mala manera del collar y lo metió en un cerrao donde guardaban paja, a oscuras. Allí se pasó todo el fin de semana, sin salir, y con unos mendrugos de pan duro. A Aureliano le habían hablado en el pueblo de una perra que habían juntado con otro pare tener cachorros. Era de caza, así que le valdría para ir los sábados de batida —no importaba que tuviera el colesterol alto, a él la caza y todo lo que fuera matar bichos, le encantaba, se sentía realizado—. Como ya iban a ser muchos perros en casa, agarró una escope-

ta y le descerrajó al perro pastor cuatro tiros. No murió en el acto, pero las balas estaban caras; "ya se morirá el chucho, que además lleva garrapatas", pensó Aureliano. Mientras, el verdadero Aureliano, el que se había metido en el cuerpo del perro, sentía el dolor de las heridas de las balas, el hambre y la sed pero, lo que es peor, sentía el abandono y el desprecio del amo al que había sido tan leal.

Aureliano se dio cuenta de lo que su perro sentía, y sintió un dolor que le dobló en dos. —Pero sólo es un perro—, pensó, y ya no se sintió tan mal.

Cuando Aureliano volvió a abrir los ojos, se encontró a su mujer, Angustias, con la bruja Piluca al lado.

—¡Ahívadeahíííí…! —le dijo la bruja a Angustias, y se acercó al enfermo—. ¿Qui has visto, Aurelico?- le preguntó. Aureliano relató todo. Su mujer creyó que era producto del delirio de la fiebre, pero la bruja Piluca bien sabía que todo había sido verdad.

—Quiero vivir, ayúdeme— rogó Aureliano.

—No— dijo la bruja— y se levantó para irse. Aureliano intentó cogerla del brazo, pero ella se apartó, diciendo —¡chataunlaoooo!— y se alejó.

—¿Por qué no?— preguntó el enfermo.

—Porque sólo eres un hombre. ¡Aláakaskalá!- Entonces Aureliano comprendió que la bruja le estaba tratando como él había tratado a Angustias, Benjamín y el perro pastor. Con la misma falta de piedad y de respeto. Y sintió un dolor que le dobló en dos. Y esta vez, ya no encontró excusa para dejar de sentirse tan mal.

—No tarrimes que mempiojas— dijo la bruja Piluca, imperturbable. Se dirigió a Angustias, y le aconsejó que dejara el pueblo y se hiciera esteticién, que era la profesión del futuro, puesto que cada vez estaba el mundo más frivolón, no le faltaría trabajo. Al pequeño Benjamín, le dijo que estudiara ingeniería informática, que con eso vaticinaba ella que se sacaría unas buenas perras. Revivió al perro pastor y lo envió a un refugio de animales en Cádiz, El Cortijillo de La Lola, donde corre feliz por el monte con las ovejas Pili y Mili, la burrita Elsa y otros muchos animales salvados de la ignorancia y crueldad humanas.

Aureliano pasó a mejor vida, y ahora los dioses están pensando si reencarnarlo en político o en funcionario de Hacienda, para que acabe de purgar su egoísmo.

—¡Ala maños, replegar tóo y pa casa!- dijo alegremente la bruja, mientras se despedía, deseándoles lo mejor —vesiros a ser felices, pues ya vale, quiós.

Los vaticinios de la bruja Piluca se hicieron realidad; además, Angustias se cambió el nombre por Felícitas, y aunque le salieron unos cuantos pretendientes, amaba mucho más su libertad. Benjamín creó una empresa, Jabaloyas Telecom, S.A., que instaló la fibra óptica por toda la sierra de Albarracín y parte de Cuenca.

Recuerda, amigo; la próxima vez que pienses que es sólo algo, piensa que tú tampoco eres mucho más. Y si no te acuerdas de esta advertencia… luego no le pidas cuentas a la bruja Piluca, que te dirá "¡aláakaskálaaaaaa!"

¡Ay, maño!

Agradecimientos

N o puedo agradecer lo suficiente a todas las personas que han colaborado para hacer realidad esta revista que tienes en tus manos, querido lector. En primer lugar, a todas las personas que valoráis el trabajo y la ilusión puestos en ella, porque sin vuestro interés, esta revista no habría pasado del primer número. Tengo que agradecer sin lugar a dudas a la Asociación Cultural San Cristóbal, por seguir apostando por ella por sexto año consecutivo. Para la Asociación de un pueblo pequeño, con los pocos medios que tenemos, editar una revista no es cosa fácil. Cada socio de la Asociación que paga su cuota, cada persona que participa en las actividades organizadas, incluso el que paga una cerveza en la barra de la disco-móvil o una comida de la Asociación, está apostando por Jabaloyas, contribuyendo con su pequeña aportación para que nuestro pueblo siga vivo y activo. Todos juntos hacemos cosas bonitas.

Mi más sincero agradecimiento a Eloy Domingo Valero, que siempre ha colaborado desinteresadamente, aportando artículos muy elaborados, como el que ha hecho junto con su hijo Eloy Domingo Plà en este número. Muchas gracias a Teresa Jarque Giménez y a Antonio Sánchez Domingo, que compartieron sus fotos antiguas conmigo, y me relataron la historia de las dehesas, junto con Francisco Hernández Navarro, Eloína Jarque Lázaro y Consuelo Hérnández Navarro, que se unieron a nuestra conversación. Muchas gracias a mi madre, Concepción Domingo Murciano, a la que siempre se le ocurren cosas cuando ya he acabado la revista, y le digo corriendo que lo apunte para la siguiente. Muchas gracias a Patxi Díaz Condor, que es un artista con la maquetación y edición de la revista, además de tener mucha paciencia con mis correcciones de última hora.

Dedicado a mis lobos, Banner y Senda, dos almas hermosas y salvajes.

Os animo a todos a que colaboréis: recuerdos, historias, recetas, cuentos, fotos antiguas… cualquier aportación será bienvenida y agradecida. Podéis contactar conmigo por e-mail: ondinaverde@hotmail.com o por teléfono: 657 255 052. Muchas gracias a todos..

Raquel Cadierno Domingo

ASOCIACIÓN CULTURAL SAN CRISTÓBAL

Ayuntamiento de Jabaloyas

Comarca de la Sierra de Albarracín

ASIADER

CAJA RURAL DE TERUEL